



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La Guardia Civil en la Guerra de África (1859-1860)

Eduardo Martínez Viqueira
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de abril de 2023

Desde hacía algunos años, eran frecuentes las acciones de hostigamiento de grupos rifeños contra las fortificaciones españolas en torno a las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla. En agosto de 1859 se produjo otro ataque marroquí a la guarnición que custodiaba unas obras de fortificación en las proximidades de Ceuta, por lo que el Gobierno español solicitó del Sultán de Marruecos un castigo para los culpables. Pero su actitud remisa al respecto fue excusa suficiente para iniciar las hostilidades. Así, con la aprobación de las Cortes Generales y el beneplácito de Francia y Gran Bretaña, potencias con intereses territoriales en la región, España declaraba formalmente la guerra al Sultanato de Marruecos el 22 de octubre de 1859.

Aquel conflicto se enmarcó en la política exterior intervencionista que llevó a cabo el denominado «Gobierno largo» del general Leopoldo O'Donnell, que se extendió entre 1858 y 1863, al frente del partido de la Unión Liberal. Aquella política exterior se fraguó en una serie de «guerras de prestigio» que se desarrollaron a través de numerosas operaciones militares fuera de nuestra Península.

Decidida la intervención en el norte de África, enseguida se movilizaron en aquel otoño de 1859 tres cuerpos de ejército, además de una división de Caballería y otra de reserva.

La Guardia Civil no podía ser ajena a aquel nuevo escenario. Contaba ya con dieciséis años de historia y se encontraba suficientemente consolidada como para no prescindir de sus eficaces servicios. Por primera vez, unidades del Cuerpo iban a participar en un conflicto fuera de la Península.

De este modo, la Guardia Civil desplegó inicialmente en África con 36 efectivos de infantería y 25 de caballería, al mando de un segundo capitán y dos tenientes; a los que se unieron más tarde otros 39 guardias de infantería y 45 de caballería, con sus correspondientes oficiales. En total, desplegaron entre septiembre y octubre de 1859 un total de 178 guardias civiles.

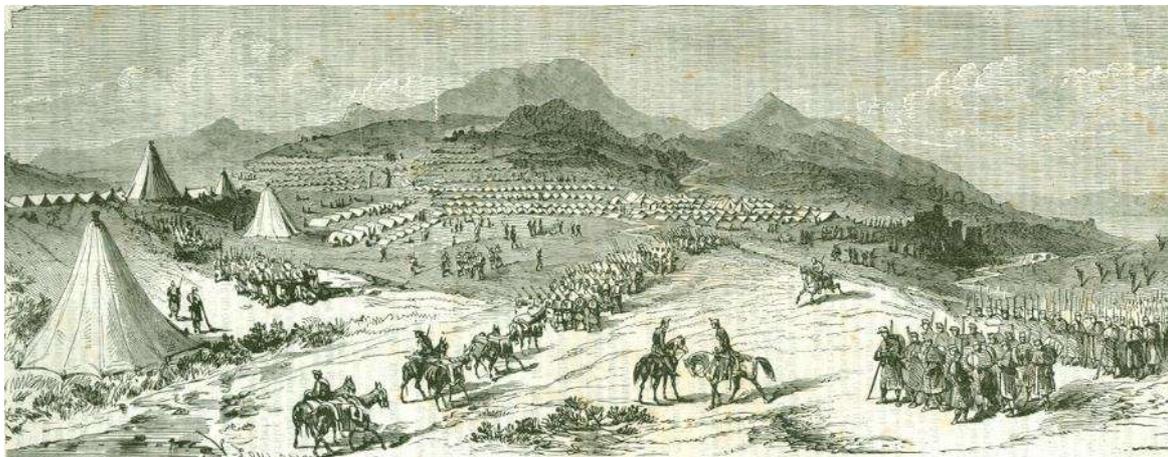
En cuanto a los oficiales comisionados, se designó como jefe del contingente al primer capitán Antonio Armijo Ibáñez. La infantería del Cuerpo estuvo mandada por el segundo capitán Enrique Gallego y Villegas, junto con los tenientes Ricardo Rada Martín y Juan Troyano Mata; y el escuadrón de caballería quedó a cargo del capitán Juan Rabadán Miranda, con el teniente Teodoro Camino Alcobendas y el alférez Eustasio López de Letona. Ya en noviembre, se incorporó el teniente Francisco Díaz Iglesias.

En aquel ambiente de fervor patrio, hay que resaltar que se presentaron voluntarios muchos más guardias civiles que las plazas previstas para la comisión, por lo que tuvo que acudirse a la selección personal, cuando no al sorteo. Por ello, se dieron situaciones insólitas para lograr una plaza en el reducido contingente de guardias civiles. Así, un sargento se presentó voluntario para ser admitido en clase de guardia, un cabo primero renunció a su licencia y pidió el reenganche por el tiempo que durase la guerra y un guardia primero, que ya había sido licenciado, viajó a África por su cuenta para alistarse, presentándose a O'Donnell y renunciando a la gratificación de reenganche que le correspondía. Más tarde, daría valientemente su vida en la batalla de Wad-Ras.

Las misiones que inicialmente se asignaron a la Guardia Civil estaban relacionadas con las funciones de la policía militar en campaña. Una de las más importantes fue la de seguridad y orden público, patrullando por los campamentos y poblados españoles que se organizaron. A este respecto, Gaspar Núñez de Arce relataba, como corresponsal de *Las Novedades*, el papel que tocaba jugar a la Guardia Civil en el desempeño de aquellas funciones, y cuál era la imagen que transmitía:

En los llanos de Tetuán se ha improvisado una verdadera ciudad con sus casas, sus calles, sus plazas, su palacio —la tienda del General en Jefe—, su Iglesia, sus mercados y hasta su guardia urbana que, a decir verdad, llena mejor su cometido que la que estamos acostumbrados a ver en nuestras capitales. Es ciertamente curioso ver como estos guardias civiles, hechos en los despoblados a la persecución de criminales, aquí, después de batirse bravamente al lado de sus

compañeros del Ejército en los días de combate, distribuidos por parejas, ponen orden en los mercados, mantienen a raya a los vivanderos, impidiendo todo abuso y desempeñan los servicios de vigilancia y policía en el campamento.



Campamento español en la Guerra de África. El orden en los poblados y las labores de policía militar estaban confiados al contingente de la Guardia Civil. Museo de Zumalacárregui

También revestía gran importancia el servicio de conducción y custodia de prisioneros, una ingrata labor que les estaba encomendada, como nos lo recuerda Pedro Antonio de Alarcón (1859) en su *Diario de un testigo de la guerra de África*, en una escena al final de la batalla de Los Castillejos: «Mezclados entre los nuestros, me encontré también hasta cinco moros heridos, escoltados por guardias civiles, que los defendían de la cólera de algunos soldados rencorosos».

Pero también la Guardia Civil prestó servicio de campaña, encargándose de la seguridad de los cuarteles generales y de la escolta personal de los jefes de las grandes unidades, como el propio Leopoldo O'Donnell, general en jefe del ejército de operaciones. Para ello, el contingente se distribuyó asignando 15 guardias civiles de cada arma a los tres cuerpos de ejército, la división de reserva y la de caballería. El resto del personal se integró en el cuartel general de O'Donnell.

Hay que decir que, pese a su irrelevancia numérica, comparando este pequeño contingente con el total del ejército de operaciones, aquel grupo de guardias civiles llevó a cabo una labor muy destacada, que mereció numerosos reconocimientos. Pero, además, la relevancia de su actuación no sólo fue valorada por el desempeño de las funciones inicialmente asignadas, sino también, en acciones de combate, bien siguiendo a los generales a quienes se daba escolta, o luchando cuerpo a cuerpo con las unidades del Ejército. Aquellos guardias civiles tuvieron oportunidad de demostrar su valor y disciplina en varios episodios de aquel conflicto africano.

La primera actuación especialmente destacada de la Guardia Civil, y de la que se hizo eco el diario *La Correspondencia*, fue en los combates del 9 de diciembre de 1859 en las proximidades de Ceuta, en que cargó a la bayoneta una sección de infantería del Cuerpo, a los que dirigió, espada en mano, el capitán Gallego. Por esta acción recibió este oficial el grado de teniente coronel. Unos días más tarde, el 15 de diciembre, otra destacada actuación de la caballería de la Guardia Civil mereció para el teniente Teodoro Camino el grado de comandante, además de varios empleos, grados y recompensas a otro personal del Cuerpo. En otra acción durante el avance hacia Tetuán, el 20 de diciembre, se concedió al comandante Armijo el grado de coronel, por su persecución del enemigo al frente de la escolta de O'Donnell.



El general Prim atravesando las trincheras del campamento de Tetuán. Cuadro de Francisco Sans i Cabot (1865). Palacio de Capitanía General de Barcelona. El prestigioso general fue uno de los artífices de la victoria en la Guerra de África, que contó en su escolta con un grupo de guardias civiles.

Sin duda, una de las escenas más conocidas de aquella guerra fue la protagonizada por el general Prim, al frente de su división, el 1 de enero de 1860 en la batalla de

Los Castillejos. La caballería enemiga, mucho más numerosa, hacía retroceder a las tropas españolas, incapaces de reconquistar la colina que les daría la ventaja en la batalla, quedando diezmado el Regimiento de la Princesa. La vanguardia de los refuerzos que llegaban de Ceuta iba encabezada por el Regimiento de Córdoba. Al llegar, aquellos hombres recibieron la orden de dejar en tierra sus mochilas para ganar en agilidad, intentando de nuevo el ataque. Pero todo resultaba inútil. Fue entonces cuando el general Prim, arrebatando la bandera del Regimiento de Córdoba de las manos del portaestandarte, la enarboló y, al tiempo que se lanzaba contra el enemigo, pronunció aquella famosa arenga a sus agotados soldados:

¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejareis morir solo a vuestro general? Soldados... ¡Viva la reina!

Los primeros en seguir a su general, ante aquel acto de bravura, fueron sus ayudantes y su escolta de guardias civiles. Fue la primera gran victoria de la guerra.



Carga del Farnesio. Oleo de Augusto Ferrer-Dalmau. En esta carga del 23 de enero durante la Guerra de África, intervino un grupo de jinetes de la Guardia Civil junto a dos escuadrones del Regimiento Farnesio, entre otras unidades.

Tal vez, el máximo exponente de la intervención de aquellos guardias civiles en combate fue la carga llevada a cabo el 23 de enero de 1860 por las reservas de la caballería del general Alcalá Galiano para liberar al Batallón de Cazadores de Cantabria, que se hallaba cercado por la caballería mora en una zona pantanosa. En aquel combate intervino la caballería de la Guardia Civil del cuartel general de O'Donnell, que acudió a apoyar la acción con el capitán Gallego, el teniente Camino y el Alférez Letona, junto a 15 guardias civiles. Esta pequeña fuerza se unió a dos escuadrones de Lanceros del Regimiento Farnesio, una sección del Regimiento de Cazadores de Albuera y varios carabineros a caballo, también de la escolta de O'Donnell. Por esta acción, se concedió al capitán Gallego el grado de coronel.

El día 4 de febrero tuvo lugar la batalla de más envergadura de toda la guerra, en la que 25.000 soldados españoles se midieron a una masa de 35.000 combatientes marroquíes que se habían hecho fuertes para defender la plaza de Tetuán. La lucha fue breve, pero de una tremenda contundencia, arrollando los regimientos españoles las líneas enemigas, a las que causaron numerosas bajas, y ocupando el campamento que se alzaba frente a la ciudad. En aquel combate se distinguió especialmente una sección de la Guardia Civil, que cargó en varias ocasiones a las órdenes del general García. Además, fueron recompensados el teniente Camino, con el ascenso a capitán de Caballería; y el teniente Troyano, a capitán de Infantería; así como con el grado de comandante el capitán Díaz.



La batalla de Tetuán. Cuadro de Mariano Fortuny (1862-1864)

Dos días más tarde, caía la ciudad de Tetuán en poder de las tropas españolas, proporcionando un giro decisivo a la campaña marroquí. Una vez ocupada la ciudad, el servicio de orden y seguridad corrió a cargo de la Guardia Civil con 40 efectivos de infantería y 25 de caballería, al mando de dos tenientes.

Destacaremos la actuación del oficial de la Guardia Civil Teodoro Camino Alcobendas, al que ya nos hemos referido, que adquirió fama de hombre valeroso y resolutivo en aquella contienda. El cronista Pedro Antonio de Alarcón, testigo de excepción de aquella guerra, hace referencia en su *Diario de un testigo de la guerra de África*, a la celeridad y precisión con que se llevó a cabo el desplazamiento de

la división del general Echagüe desde las posiciones que ocupaba en El Serrallo hasta la plaza de Tetuán. La razón de tan eficaz trayecto estaba en que «venía de práctico el bizarrísimo comandante de la Guardia Civil D. Teodoro Camino», al frente de su sección. Pero lo que más sorprende al lector del citado texto es el comentario posterior sobre este oficial: «de quien me atrevo a asegurar que es el jefe nuestro que más enemigos ha matado por su propia mano en esta guerra».

Se cita a continuación que fue el propio O'Donnell, general en jefe del ejército de operaciones, quien encargó personalmente al teniente Camino aquella misión, por lo que ya era conocedor de sus cualidades. Tanto es así que, según parece, Teodoro Camino llegó a ser conocido entre los militares españoles en África como «el león de O'Donnell».



Estado Mayor de O'Donnell en la batalla de Tetuán. Cuadro de Dionisio Fierros Álvarez (1894). Colección particular. Junto a su Estado Mayor, puede verse en el lienzo un guardia civil de la escolta.

En otra reseña contenida en uno de los artículos de Alarcón, se asegura que: «sobresalió por su arrojo el teniente de la Guardia Civil don Teodoro Camino, que en la batalla de Wad-Ras cargaría una docena de veces al frente de sus guardias civiles contra numerosas partidas de jinetes marroquíes». Fue aquel el último gran enfrentamiento de esta guerra, y en que obtuvo Camino el empleo de comandante de Caballería, por su destacadísima actuación.

Efectivamente, después de un parón de casi siete semanas, tras ocupar la plaza de Tetuán, y rotas las negociaciones de paz, tuvo lugar el 23 de marzo la cruenta batalla de Wad Ras en las proximidades de Tetuán, y en la progresión de las tropas

españolas hacia la ciudad de Tánger. Dos días más tarde, se concertaban las bases para la paz, acordando un armisticio.

Finalmente, el 26 de abril de 1860 se firmaba el Tratado de Wad Ras, que ponía fin a la contienda. El Ejército español había resultado bastante maltrecho de los últimos combates y había pagado en la guerra un alto coste en vidas, aunque más por el cólera y otras enfermedades que por la acción del enemigo.

En cuanto a la labor desarrollada por los guardias civiles, tuvo unánime reconocimiento. De ello se hizo eco el general Hoyos, Director General del Cuerpo, en una circular laudatoria que dirigió al comandante Antonio Armijo, como jefe del contingente de guardias civiles. El precio en sangre que tributó la Institución fue de 9 muertos de clases de tropa y 14 heridos; de los cuales, 1 alférez y 13 de clases de tropa.

Al finalizar la contienda se concedieron numerosos ascensos, grados y recompensas a los miembros del ejército de operaciones de África. En cuanto a la Guardia Civil, se concedió al capitán Rabadán el ascenso a comandante por méritos de guerra, y a los tenientes Troyano y Díaz, a capitán de Infantería; además de los dos ascensos que obtuvo Teodoro Camino. Cuatro sargentos ascendieron a sargento primero y uno de ellos, además, también a alférez. En cuanto a los grados, se concedió el de coronel al comandante Armijo, y el de teniente coronel y de coronel, al capitán Gallego. También alcanzaron el grado de comandante tres tenientes, y el de teniente, un alférez. Seis oficiales fueron recompensados con la Cruz de San Fernando, y el comandante Armijo, con la encomienda de Carlos III.

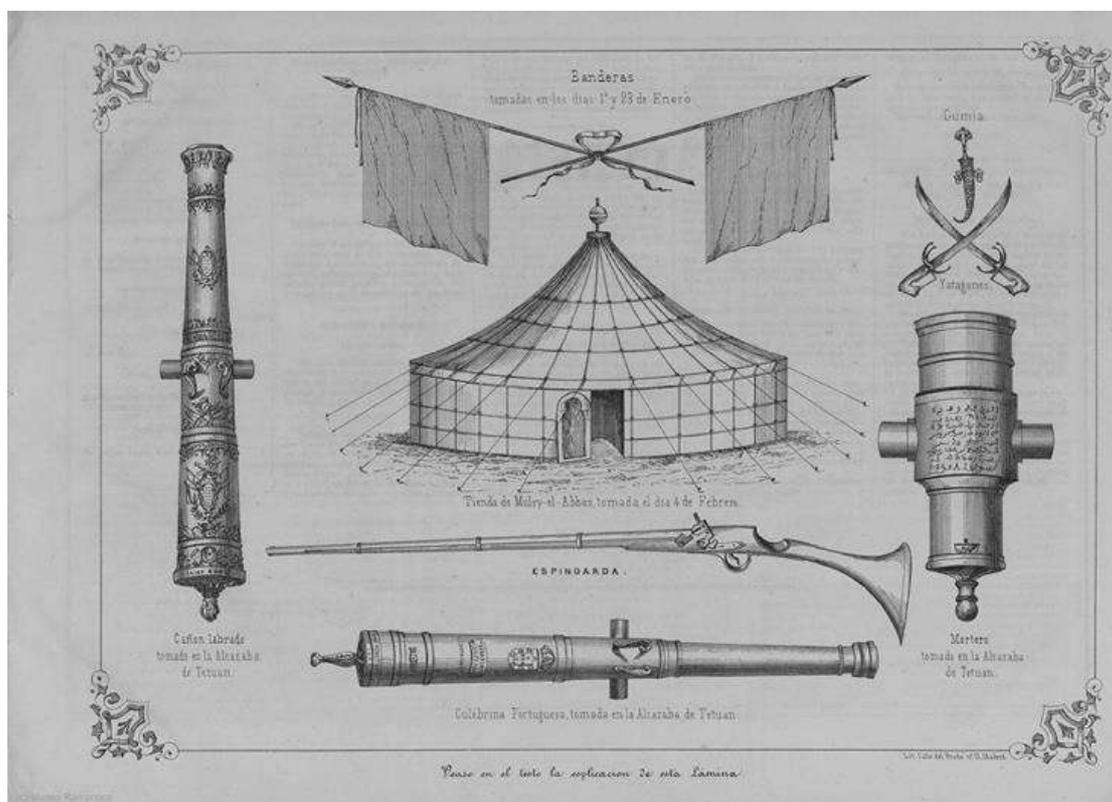
En resumen, se otorgaron a los miembros de la Guardia Civil participantes en la contienda un total de 18 empleos, 21 grados, 13 cruces de San Fernando y 150 cruces de María Isabel Luisa, de ellas, 18 pensionadas y 132 sencillas; además de la expresada de Carlos III.

Aquellas concesiones a los participantes en el conflicto, sobre todo, los ascensos, no estuvieron exentas de críticas por considerar desmedida, en ocasiones, la promoción a dos empleos superiores, sin haber ejercido el mando entre ellos, aunque fuera consecuencia de un hecho heroico. Como se decía en la época, aquellas gracias suponían «grandes perjuicios a los tácita y verdaderamente postergados».

La Guardia Civil, en cambio, no fue de los Institutos más favorecidos con aquellas medidas de gracia. Además, algunos de los ascensos se concedieron en empleos de las Armas de Infantería y Caballería, como hemos visto, lo que suponía un reclamo para que aquellos brillantes y valerosos oficiales volvieran a sus Armas de

origen para poder ejercer los empleos alcanzados, teniendo que abandonar para ello la Guardia Civil.

Uno de aquellos oficiales que volvió al Ejército fue Teodoro Camino, para poder ejercer su nuevo empleo de comandante de Caballería. Tenía toda una carrera por delante, pues llegó a alcanzar el empleo de brigadier. De todas formas, no cabe duda de que el espíritu de la Guardia Civil había calado hondo en aquel valeroso oficial. Como hombre de inquebrantable confianza de Leopoldo O'Donnell, intervino años más tarde en relevantes actuaciones que requerían de un especial arrojo y no menos prudencia, para las que fue designado expresamente por el duque de Tetuán. Y en todas ellas, actuó al frente de un grupo de guardias civiles, colectivo al que había pertenecido dieciséis años y en que seguía confiando ciegamente; mientras los miembros del Cuerpo identificaban en él al jefe que se ponía al frente de sus hombres de modo ejemplar en las situaciones de mayor riesgo.



Botín de guerra. Grabado publicado en «Las Novedades» (1860). Museo del Romanticismo. Trofeos incautados al enemigo al enemigo en la campaña de África, y que fueron exhibidos en Madrid a la entrada triunfal del ejército de operaciones.

Así, el comandante Camino mandó la vanguardia de las fuerzas enviadas por O'Donnell en persecución de Prim y los regimientos de Calatrava y Bailén, que con él se habían alzado en Villarejo en enero de 1866. En aquel grupo de vanguardia contaba con una sección de caballería del 1º Tercio de la Guardia Civil. La misión era perseguir y expulsar hacia Portugal a los insurrectos, sin apresarse al conde de

Reus ni causar bajas, como nos refiere en sus *Memorias* Fernández de Córdoba (1889). También apostilla aquella conexión De la Iglesia Carnicero (1898) en su *Reseña histórica de la Guardia Civil*, cuando afirma de Camino que era «hombre de confianza de O'Donnell desde su participación conjunta en la guerra de África». Aquel servicio le valió el ascenso a teniente coronel, y más tarde, cuando triunfe la *Gloriosa* en 1868, será felicitado también por el mismo general Prim.

Otro episodio reseñable similar tuvo lugar meses más tarde, en que encontramos a Teodoro Camino en primera línea, combatiendo al mando de un grupo de guardias civiles frente a las barricadas el 22 de junio de 1866, con ocasión de la revuelta del cuartel de San Gil. Según nos refiere De la Iglesia Carnicero (1898), el teniente coronel Camino acudió en aquella fecha al frente de treinta guardias de caballería a la Puerta del Sol, donde un nutrido grupo de artilleros ocupaba totalmente la calle Preciados. El general O'Donnell le ordenó cargar, lo que hizo con tal contundencia que consiguió dispersar a los concentrados, haciéndoles cincuenta prisioneros y ocupando dos piezas de artillería.

En resumen, aquel pequeño contingente de guardias civiles que se batió en África con sus oficiales al frente, tuvo la oportunidad de escribir una página de valor y demás virtudes militares que trascendió más allá de la que se ha considerado como «la última guerra romántica».

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023